

ELOGIO DEL VINO

José María CORELLA IRAIZOZ

Tengo una nuera, profesora de Tecnología de los Alimentos en la Universidad, a la que he oído decir en alguna ocasión que el vino debe tener estabilidad. No sé a qué estabilidad se refiere, pues yo no conozco más estabilidad que la de los precios (tan preconizada por los economistas) y no creo que esta tenga algo que ver con aquella, salvo en lo que pueda afectar —si es que lo hace— al bolsillo del bebedor. Por lo demás, cualquier elogio que se haga del vino me parece conveniente, digno y justo. Ahí están las alabanzas que hicieron de él nuestros insignes Alonso López de Corella y Juan Huarte de San Juan, hombres en quienes se fundieron sabiduría y arte literario, cuando el primero le dedicó todo un libro (*De vini commoditatibus*, o sea, "De las ventajas del vino") y el segundo escribió aquello de "bien puede el gobernador beber un poco de vino", porque el vino estimula la imaginación, temple los nervios, aguza el espíritu y pone cierto punto alegre a la perspicacia, valores que son imprescindibles en la vida política.



La Embriaguez de Noé. Miguel Ángel Buonarroti. Capilla Sixtina, Roma (1509).

De todas formas, a poco que uno haya buceado por los vericuetos de la historia estará en condiciones de aceptar que el vino se halla presente en todas sus páginas con una nada despreciable importancia. Incluso en uno de los libros más apasionantes que jamás se ha escrito —la Bi-

blia— aparece una y otra vez a golpes de revelación, de heroísmo, de intimidades líricas, de magníficas metáforas y de sublimes esperanzas, aunque también empapando sus hojas de sorbos y de tragos, de excesos y moderaciones en el beber, como el que llevó a Noé a agarrar una más que regular cogerza o al comentario del maestra sala en las bodas de Caná.

Los griegos bebieron dionisiacamente y gracias a ello nos legaron una serie de obras imperecederas, pero a pesar de sus abusos no les llegaron a los romanos ni a la altura del coturno. La historia de Roma no es concebible sin el vino y su Derecho, esto es, sin sus ágapes y su entramado jurídico. Sobre aquellos recae un baldón de tan desmesuradas proporciones como es la grandeza de este, pues en la literatura abundan los textos en que se denuncia la abominable costumbre de bautizar el vino. ¿Habrá que recordar la frase del griego Eurípides "donde no hay vino, no hay amor", para reparar en que aguar el vino además de cosa deleznable es tanto como aguar el amor? Es indiscutible que, si no se le somete a manipulación alguna, las bondades del vino están perfectamente ensalzadas por san Pablo cuando en la primera carta que escribió al joven Timoteo le recomienda que "en adelante no bebas más agua sola, sino toma un poco de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes achaques" (5, 23). Sí, hay que beber vino, pero saber beberlo es un arte que requiere experiencia y sabiduría. Esto no es exageración alguna, pues creo puede afirmarse sin mayor rubor que el vino es un líquido absolutamente civilizado. O mejor: el vino es, por excelencia, el líquido civilizado.

Para abonar esto, permítaseme traer a colación una anécdota personal. Andaría yo por los catorce o quince años cuando, dándomelas de "hombrecito" en una comida familiar, comencé a servirme por mi cuenta en la copa de vino. Mi padre, cu-

ya única afición a la bebida era tomar un simple sorbo de cava en las Navidades para no desentonar en el brindis familiar, me echó el alto y me obsequió con una de aquellas serias miradas tuyas que te taladraban hasta las entretelas. Entonces, un hermano suyo, mi querido tío Atilano, le espetó con esa sorna filosófico-aragonesa que el somontano del Moncayo inocula en sus gentes: "No seas modorro, Faustino, ¡que donde no se bebe vino no hay hombría ni civilización!". La frase me sigue pareciendo hoy estupenda y un axioma de tal categoría que, bajo pena de heterodoxia histórica, excluye cualquier tipo de argumentación en contra.

Porque, vamos a ver: ¿no es cierto que en todas las grandes gestas y en todas las grandes tristezas que ha protagonizado y protagoniza el hombre están siempre presentes unas copas de vino, bien a título colectivo como individual? Se ha escrito que el vino integra el sentido del "nosotros" sin merma alguna de la propia individualidad. Naturalmente, esto es cierto siempre que no nos salgamos del buen beber, ya que este —y vuelvo a lo de que es un arte que requiere experiencia y sabiduría— exige una ponderada presencia del "tú" sin restar protagonismo alguno al "nosotros". Por otro lado, si no fuera por el vino jamás habríamos escuchado cosas tan jocosas como esas paridas con que nos obsequian enólogos, sumilleres y demás "entendidos", cuando tras mirar, oler y gustar, casi con la misma reverencia con que el sacerdote se comporta en la Santa Misa, proclaman con absoluta seriedad: "Tiene un cierto sabor afrutado que acaba dejando un toque de madera en boca, al tiempo que despierta profundos aromas de canela e incrusta en el paladar un amigable regusto de manzana con ciertos tintes de membrillo". Los hay que, al decir cosas tan notables como esta, incluso levitan y se les enciende en el rostro un nimbo de beatitud.

Y es que, en el fondo, el vino da alas a la poesía. Ahí está el fino poeta árabe Aben Guzmán cuyas palabras han pasado, en una u otra forma, a ser carne y sangre del pueblo. Me refiero a aquel inmortal zéjel suyo que dice: "Cuando muera, son mis instrucciones para el entierro: dormiré con una viña entre los párpados; que me envuelvan entre sus hojas como una mortaja

y me pongan en la cabeza un turbante de pámpanos". Aunque para mí, el mejor y más encendido elogio que se puede hacer del vino lo pronunció el ya citado López de Corella al escribir esto: "*Multa de vini laudibus diximus, sed silentio non est pretereundum, quod dignatus est Christus, ut vinum sit dignissimi sacramenti materia.*" ("Muchas alabanzas hemos propinado al vino, pero no debemos pasar en silencio que Cristo se dignó escogerlo como materia del más excelso sacramento.").



La vendimia (o El otoño). Francisco de Goya y Lucientes. Museo del Prado, Madrid (1786-1787).

Finalmente, hasta el Papa Benedicto XVI, ha echado también dos hermosos piropos al caldo de la vid. Fue en el año 2009, al abrir la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. En el comentario a las lecturas de la misa correspondiente al 27º domingo ordinario, entre otras cosas dijo que "el vino representa la exquisitez de la vida, es la imagen de lo que alegra el corazón", y a renglón seguido añadió que "mediante el vino podemos tener una experiencia del sabor de lo divino". ¡Sí, señor...! Eso es un Papa como Dios manda. Ante tales palabras, no queda sino replicar una cosa: Amén.